

Ningún pueblo de España tiene la diversidad de comunicaciones ferroviarias que Alcázar y en ninguno habrá influido tanto el carril de hierro.

Los primeros trenes que pasaron iban tan despacio que se podía subir a ellos en marcha sin mucho riesgo, pero la polvareda que movieron fue tal que la vida quedó transformada radicalmente por el trasiego continuo de personas y cosas, dispersándose así mismo los sentimientos y dándonos ese aire de indiferencia que distingue a las ciudades cosmopolitas, sin que ello signifique frialdad, como se dice, y menos superficialidad, cosas de las que yo tengo los mejores y más numerosos testimonios en un arsenal de correspondencia que ya va siendo difícil de manejar y que prueba bien claramente la huella tan honda que un nacimiento accidental o una estancia circunstancial han dejado en miles de personas que con solo oír el nombre de Alcázar se emocionan, abren el arca de los sentimientos y muestran su alegría y su regocijo al recordarlo.

Si no fuera tan halagadora para mí que puede sacarme los colores por encima del aceitunado de mi tegumento, merecería la pena publicar esta correspondencia para demostrar como se quiere y como se siente a nuestro pueblo por ahí y como este núcleo de población tiene un halo sentimental que, a modo de cabellera, se ha ido enrollando en los raíles del tren y extendiéndose por el mundo entero, porque ¿dónde no habrá un alcazareño, nativo o de adopción, y donde dejará de dedicarse a nuestro lugar un recuerdo lleno de cariño si surge un motivo auténtico y desinteresado, como el de estos libros, que han tenido la suerte de hermanar a los alcazareños, de refrescar la memoria de los que vivieron aquí y de atraer muchas simpatías, desde los puntos más lejanos, de las personas que se preocupan de las cosas que constituyen los valores propios de cada país?

Lo que yo siento al ver las manifesta-

Alcazareños ignorados

ciones de agrado hacia nuestro pueblo, llega a los límites de la embriaguez y las pruebas de cariño que de

rechazo llueven sobre mí, por el simple hecho de llevar el estandarte, como el que iba detrás del Jaro el Tambor, me anonadan y confunden, conmoviendo y enterneciéndoseme el ánimo muchas veces.

Aún eliminando la parte personal que me otorgan sería menester un gran libro para recoger los rasgos más salientes de esa correspondencia, pero habrá que intentarlo porque ninguna otra cosa puede llenar tanto el corazón de un padre como el amor de sus hijos, la gratitud y el reconocimiento del bien recibido y Alcázar tendría en esa publicación testimonio pleno de la perennidad del amor, del recuerdo y del agradecimiento de cuantos vivieron y pasaron por él.

No tiene comparación posible la ternura de estos sentimientos de los alcazareños ignorados que, sin relaciones con nadie de aquí, con vagos recuerdos de los nombres que oyeron en su infancia, sin ningún motivo grato especial o tal vez con algunos ingratos, con los problemas de su vida resueltos y bien resueltos, vuelven su pensamiento a Alcázar y se complacen en venir, recorrer sus calles, meterse por los rincones, retratar alguna casa desconchada y preguntar a quien se encuentran como cualquier forastero en viaje accidental. ¿No os conmueve, no os emociona el pensar en estos paisanos, en la delicadeza y hondura de su sentir, cuyo